

Históricas Digital

Antonia Pi-Suñer Llorens

“Hubert H. Bancroft”

p. 573-588

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HUBERT H. BANCROFT

ANTONIA PI-SUÑER LLORENS*

Datos biográficos

Hubert Howe Bancroft nació en Granville, Ohio, en 1832, en el seno de una familia de agricultores provenientes de Nueva Inglaterra. Su formación fue muy estricta en lo que respecta al trabajo y a la religión puritana, tal y como lo dejó dicho en su autobiografía.¹ A los dieciséis años tuvo que decidir entre estudiar o dedicarse a los negocios; como “el camino del estudio era lento y difícil” y su padre no era un hombre rico, optó por los negocios.² En agosto de 1848 se fue a Buffalo, en el estado de Nueva York, a trabajar en una librería de su cuñado, perdiendo el empleo al cabo de seis meses. En ese momento decidió empezar un negocio por su cuenta y, contando sólo con un caballo y un carretón, se convirtió en vendedor ambulante.³ A partir de aquel momento la vida de Hubert fue un claro ejemplo de lo que en Estados Unidos llaman un *self-made man*, que triunfó a base de trabajo y dedicación.

En 1850 su padre se fue a California deslumbrado por la fiebre del oro. A los dos años, Hubert decidió también ir a aquel estado recién adquirido por la Unión Americana, “no porque le llamase el oro sino por su espíritu aventurero”.⁴ Para cuando llegó a aquella región, en 1852, después de un largo viaje iniciado en Nueva York, y a través del Istmo de Panamá, su padre ya se había convertido en minero. La idea de Bancroft era abrir una pequeña librería en Sacramento en la que vendería los libros expedidos desde Buffalo, negocio que no funcionó. Después de pasar penurias y una serie de peripecias, Hubert decidió regresar al Este. Una vez allí, se dio cuenta de que “en un lado del continente todo era nuevo, todo estaba por hacer; en el otro lado los

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

¹ Hubert H. Bancroft, *The Works of...*, San Francisco, The History Company Publishers, 1890, v. xxxi, p. 50-60. La traducción de todas las citas es nuestra.

² *Ibidem*, p. 99.

³ *Ibidem*, p. 111.

⁴ *Ibidem*, p. 119.

comienzos ya habían quedado atrás”,⁵ por lo que decidió establecerse definitivamente en el Oeste.

De nuevo en San Francisco, reemprendió la venta de libros, que le eran expedidos a consignación desde Nueva York y que le llegaban vía Cabo de Hornos. Esta vez el negocio se mostró productivo y, al poco tiempo, el joven Hubert lo amplió, introduciendo el ramo de papelería y una pequeña imprenta. En diciembre de 1856 estableció la firma H. H. Bancroft y Compañía y en 1869 construyó un edificio de ocho pisos para albergarla. Éste fue inaugurado en abril de 1870 y para aquel año la librería Bancroft, que contaba además con una papelería y una importante editorial, era la más destacada del Oeste americano y “distribuía desde la Columbia Británica hasta México, y más allá del Océano, a las islas Hawai, Japón y China”.⁶

Bancroft nos explica, en su autobiografía, cómo pasó de librero a bibliófilo. En un principio sólo coleccionó libros que se referían a California, estado por el que sentía una gran atracción, con la idea de reimprimirlos; poco a poco la fiebre del libro se fue apoderando de él y entonces empezó a adquirir toda obra que se refiriese a los estados de la costa del Pacífico desde Alaska hasta Panamá. Así fue como acumuló libros nuevos y viejos, folletos, documentos, mapas, periódicos, cartas, etcétera, comprados por él mismo o por varios de sus agentes, primero en San Francisco, luego en Nueva York, Boston y Filadelfia, y finalmente en Europa, en especial en Londres y París. De esta fiebre y del gusto que encontraba en los libros escribiría años después:

El apetito era voraz, aumentado por el gusto del alimento. ¡Libros! ¡Libros! Me intoxicaba con los libros. Después de comprarlos y de venderlos, después de haberlos surtido a otros durante toda mi vida, ahora los gozaba.⁷

Si bien Bancroft afirmó que nunca fue un bibliomaniaco, la manera en que explicó cómo llevaba a cabo las compras nos hace pensar que sí lo fue. En efecto, en varias ocasiones dejó dicho que, al comprar la mercancía, no se hacía ninguna selección, ya que no le importaba “si el libro tenía algún valor o no, era más fácil y más barato comprarlo que perder tiempo examinando su valor”.⁸ Con lo cual confirmaba aquella expresión tan norteamericana de que el tiempo es dinero.

Bancroft resultó ser un brillante hombre de negocios y, dueño de

⁵ *Ibidem*, p. 145.

⁶ *Ibidem*, p. 165.

⁷ *Ibidem*, p. 172.

⁸ *Ibidem*, p. 180.

una rara habilidad para combinar el placer con los negocios, fue capaz de obtener buenos dividendos de sus libros y manuscritos y a la vez de gozar de éstos. Como hombre pragmático que era y no satisfecho con la fortuna que había logrado, decidió sacar provecho de su biblioteca. Ésta, que para 1868 comprendía unos 10 000 títulos y que veinte años más tarde tendría unos 60 000, le serviría para escribir una historia del desarrollo cultural, social y político de los estados que conformaban la costa oeste de América del Norte y del Centro. Influenciado por la mentalidad de la época y por el éxito que estaba teniendo en su país la producción en masa —o en serie— pensó que dicho sistema sería el mejor para la elaboración de su historia.⁹ Así fue como en 1871 Hubert inició su carrera como historiógrafo. Su taller de investigación histórica, que resultó ser un excelente negocio, estuvo en funciones por más de veinte años y en un momento dado llegó a contar con seiscientos empleados.¹⁰

De su taller surgieron varias obras, de las cuales la más importante fue una serie en 39 volúmenes titulada *The Works of Hubert Howe Bancroft*, que se publicó entre 1882 y 1890. Su misma compañía se encargó de la propaganda y venta de los libros por medio de suscripciones, mismas que lograron que la mayoría de los volúmenes estuviese totalmente vendida antes de su publicación. Los precios variaban entre 175 y 390 dólares según el tipo de encuadernación. Se estima que se vendieron cerca de 6 000 series con una utilidad bruta de 1 000 000 de dólares, por lo que nuestro personaje amasó una gran fortuna con su fábrica de hacer historia.¹¹

Poco sabemos de los últimos años de la vida de Bancroft. En 1886 un incendio acabó con su negocio y perdió más de medio millón de dólares. Afortunadamente su biblioteca no se quemó.¹² A pesar de que la empresa ya no era tan próspera, puesto que ya había bastante competencia, decidió sin embargo reconstruirla y poner a su sobrino al frente de ella, pues él se había retirado de los negocios. Optimista y confiado tanto en la empresa que había iniciado cuarenta años atrás como en el empuje de Estados Unidos de América, escribió en 1890:

así, con sangre nueva, buena cabeza y capital abundante, no parecía haber

⁹ *Loc. cit.*

¹⁰ John Walton Caughey, *Hubert Howe Bancroft, Historian of the West*, New York, 1970, p. 100.

¹¹ Howard Cline, "Hubert H. Bancroft", en *Handbook of Middle American Indians. Guide to Ethnological Sources, part 2*, Austin, University of Texas Press, 1973, p. 326-347.

¹² H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. XXXIX, p. 773.

razón para que con el tiempo el nuevo negocio no sobrepasara de lejos al viejo y, en su centenario en 1956, conservase la delantera frente a cualquier otra institución similar en el nuevo y mayor de los imperios sobre las costas del Pacífico.¹³

A pesar de tanto optimismo, sabemos que durante los últimos años de su vida Bancroft fue objeto de muchas críticas en periódicos, folletos y casas editoriales debido al sistema de ventas que había formulado. Sus colaboradores se aprovecharon de dicha campaña para acusarlo de poca probidad profesional al no haberles dado el crédito merecido. Así, tanto él como su obra y su emporio fueron cayendo en el descrédito y bastante en el olvido. En 1905 Hubert, siempre con el sentido de los negocios, vendió su enorme biblioteca a la Universidad de California por la cantidad de 250 000 dólares. Al cabo de trece años, en 1918, su muerte pasó casi inadvertida.

Bancroft, historiógrafo de México

Sabemos, a través de sus obras autobiográficas, que Bancroft hizo tres viajes a México, el primero en 1883, el segundo en 1887 y el tercero en 1891. Su primera visita se debió a la necesidad de recopilar material para el sexto tomo de su *History of Mexico* y de entrar en contacto con las grandes personalidades del México porfirista. Al parecer, el resultado de su viaje fue excelente, ya que por un lado pudo añadir a su biblioteca 8 000 volúmenes más y por otro tuvo ocasión de conversar largamente con Porfirio Díaz, conversaciones de las que tanto el estadista mexicano como el empresario-historiador sacaron gran provecho. Es evidente que en aquel momento se dio, entre Díaz y Bancroft, una conjunción de intereses y de circunstancias. El primero, en plena campaña reeleccionista, necesitaba proyectar su imagen en Estados Unidos para atraer capitales. El segundo buscaba, por un lado, ampliar su campo de operaciones para poder colocar sus libros y, por otro, la posibilidad de escribir nuevas obras que le permitiesen obtener mayores ganancias. El resultado final fue que Bancroft se convirtió, a partir de aquel momento, en el mayor propagandista norteamericano de Díaz y de México.¹⁴ En

¹³ *Ibidem*, p. 798.

¹⁴ Es muy interesante conocer la correspondencia que intercambiaron Díaz y Bancroft a raíz de estas conversaciones. A través de ella nos enteramos de que Díaz ofreció pagar a Bancroft una cierta cantidad de dinero para la realización de su biografía así como comprar un elevado número de series completas de la *History of the Pacific States*. *Vid.* Ana Parraud Robles, *Hubert H. Bancroft, empresario e historiador. Sus nexos con la*

cuanto a los dos viajes posteriores, seguramente Bancroft los hizo para arreglar cuentas financieras con las autoridades porfiristas.

Varias fueron las razones, a nuestro parecer, por las que Bancroft se interesó en nuestro país. La primera se debió a que México se encontraba en el ámbito geográfico que había decidido historiar. La segunda la dejó él mismo claramente explicada:

siendo México la tercera de las grandes repúblicas del mundo, en donde la sociedad y la civilización se muestran bajo un aspecto un tanto anormal, o al menos bajo aspectos ampliamente distintos de los que se presentan en otras comunidades de habla hispana, siendo su configuración y climas, sus razas y mezclas de razas, sus instituciones civiles y religiosas, y todo su medio ambiente, tanto físico como mental, tan excepcionales y al mismo tiempo tan particulares, es natural que dicho país invite a uno de los estudios más interesantes y provechosos de cuantos presentan las naciones modernas.¹⁵

En lo que respecta a la tercera, creemos que se explica por la relación que entabló con Porfirio Díaz, misma que lo convirtió en el propagandista del régimen porfirista. Para nuestro empresario-historiador, México había entrado en la era del progreso gracias a Porfirio Díaz, por lo que, de acuerdo con éste, se propuso dar a conocer los avances que había logrado nuestro país y la seguridad con la que contarían los inversionistas norteamericanos. He aquí sus propias palabras:

el general Díaz ha logrado hacer llegar a su país los beneficios del progreso y la civilización y lo ha elevado a la esfera de las grandes potencias. En México la propiedad, la vida y el bienestar están asegurados, tanto en lo que toca a los ciudadanos mexicanos como a los extranjeros. Su porvenir está asegurado entre las naciones más poderosas de la tierra.¹⁶

Si bien la obra más importante de Bancroft sobre nuestro país fue la *History of Mexico*, de la que nos ocuparemos más adelante por considerar que es la única que merece un análisis historiográfico, cabe señalar que nuestro empresario-historiador escribió otros tres libros sobre México, basados todos en aquella obra y que tuvieron como objetivo principal el hacer propaganda del régimen porfirista. El prime-

historiografía de México y el gobierno de Porfirio Díaz. Tesis de licenciatura. México, ENEP/Acatlán-UNAM, 1985, p. 95-102.

¹⁵ H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. IX, p. v.

¹⁶ H. H. Bancroft, *Resources and Development of Mexico*, San Francisco, The Bancroft Company Publishers, 1892, p. v.

ro fue *A Popular History of the Mexican People*,¹⁷ que editó la Compañía de Bancroft en San Francisco en 1887. Al mismo tiempo se hizo una versión en español, titulada *Historia de Méjico*,¹⁸ que se publicó en la ciudad de México con la idea de que sirviese como libro de texto.¹⁹ El libro resultó ser un muy mal logrado compendio de nuestra historia patria a la vez que un vergonzoso panegírico de Porfirio Díaz. En 1914 se hizo, en Nueva York, una segunda edición de esta traducción,²⁰ a la que se añadió un último capítulo sobre la revolución maderista y el cuartelazo de Victoriano Huerta, en el que Bancroft se lamentaba de la caída de Díaz y se mostraba aterrado por la anarquía de que había sido preso México.

La segunda obra de género propagandista fue la *Vida de Porfirio Díaz. Reseña histórica y social del pasado y presente de Méjico*,²¹ que fue publicada por primera vez en 1887 en San Francisco por la Compañía Historia de Méjico, filial de la History Company de Bancroft. Al cabo de dos años hubo una reedición en el mismo San Francisco. Esta biografía, de una simplicidad y de una adulación vergonzosas, resultó ser una combinación de varios capítulos de la *Historia de Méjico* y de las conversaciones que tuvo Bancroft con Díaz a las que nos hemos referido más arriba.²²

El tercero y último libro propagandista fue *Resources and Development of Mexico*,²³ que fue publicado en 1893, en San Francisco, por la Bancroft Company en dos versiones, una inglesa y otra castellana, cuyo título fue *Recursos y desarrollo de Méjico*.²⁴ El objetivo, como lo señalamos más arriba, fue el mostrar que la paz porfiriana garantizaba el capital y la seguridad personal del inversionista así como la posibilidad de pingües ganancias. Al decir del propio Bancroft, la obra se originó

¹⁷ H. H. Bancroft, *A Popular History of the Mexican People*, San Francisco, The History Company, 1887.

¹⁸ Hubert H. Bancroft, *Historia de Méjico*, México, La Compañía Historia de Méjico, 1887.

¹⁹ Según decía la propaganda inserta en la misma obra, se habían hecho dos ediciones, “una de ellas a precio más bajo para las escuelas”. H. H. Bancroft, *Historia de...*, p. 7.

²⁰ H. H. Bancroft, *Historia de Méjico*, New York, The Bancroft Company, 1914.

²¹ H. H. Bancroft, *Vida de Porfirio Díaz, reseña histórica y social del pasado y presente de Méjico*, San Francisco, La Compañía Historia de Méjico, 1887.

²² H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. xxxix, p. 739. He aquí las palabras de Bancroft: “tomé dos semanas de dictado del general Díaz, utilizando para ello dos secretarías y llenando 400 páginas de manuscrito”.

²³ H. H. Bancroft, *Resources...*

²⁴ H. H. Bancroft, *Recursos y desarrollo de México*, San Francisco, The Bancroft Company, 1893.

también en las conversaciones que tuvo con Díaz, ocasión en la que don Porfirio le indujo a escribir una obra que destacara los logros de su gobierno y explicase las posibilidades de desarrollo del país debido a las riquezas naturales con que contaba.²⁵

La History of Mexico

De todas las obras que se escribieron en la “fábrica de hacer historia” de Bancroft, la más importante es, a nuestro parecer, la *History of the Pacific States of North America*, que consiste en 33 volúmenes dedicados a las diferentes regiones de aquella costa, entre los cuales varios se refieren a la historia de nuestro país.²⁶ Esta *History of the Pacific States* fue publicada por primera vez, entre 1874 y 1890, en San Francisco por la editorial A. L. Bancroft and Company como parte de lo que sería después la serie titulada *The West American Historical Series* en 39 volúmenes.²⁷ Hubo una segunda edición entre 1882 y 1890, también de San Francisco, que comprendió el mismo número de tomos y que se tituló *The Works of Hubert Howe Bancroft*, nombre con el que se la conoce actualmente. Con este mismo título se hizo otra edición en Nueva York por la Arno Press Book en cooperación con McGrawhill Book Company y que no lleva fecha de edición. Ninguno de los 39 volúmenes ha sido traducido al español.

Los tomos de esta colección que se refieren a México son trece, ellos mismos distribuidos en tres distintas series. Los cinco primeros se llaman *Native Races* y a su vez están divididos en “Wild Tribes”, tomo que consiste en una descripción de los usos y costumbres de las tribus primitivas de América. El segundo lleva el mismo nombre que la serie entera, “Native Races”, y se ocupa de la alimentación, vestido, habitación, forma de gobierno, organización social y logros intelectuales básicamente de los aztecas y de los mayas. El tercer volumen, “Myth and Languages”, está dedicado tanto a las tribus salvajes como a las

²⁵ *Loc. cit.*

²⁶ Las obras incluidas en esta *History of the Pacific States of North America* son: “Native Races” (v. I al V), “History of Central America” (v. VI al VIII), “History of Mexico” (v. IX al XIV), “History of the North Mexican States and Texas” (v. XV y XVI), “History of Arizona and New Mexico” (v. XVII), “History of California” (v. XVIII al XXIV), “History of Nevada, Colorado and Wyoming” (v. XXV), “History of Utah” (v. XXVI), “History of the Northwest coast” (v. XXVII y XXVIII), “History of Oregon” (v. XXIX y XXX), “History of Washington, Idaho and Montana” (v. XXXI), “History of British Columbia” (v. XXXII), “History of Alaska” (v. XXXIII).

²⁷ Bancroft añadió a los 33 volúmenes otros 6 que no fueron de historia propiamente dicha.

grandes civilizaciones mexicanas. Finalmente, los tomos cuarto y quinto, titulados respectivamente “Antiquities” y “Primitive History”, narran el grado de desarrollo que habían alcanzado las naciones civilizadas de América —aztecas, mayas e incas— a la llegada de los españoles. Siguen luego otros seis volúmenes que forman la serie *History of Mexico* y finalmente otros dos titulados *History of the North States of Mexico and Texas*.²⁸

Los seis tomos que conforman la *History of Mexico* están divididos de la siguiente manera: el primero se refiere a la Conquista y cubre el periodo de 1516 a 1521; el segundo volumen abarca el primer siglo de la Colonia, de 1521 a 1600; el tercero comprende los siglos XVII y XVIII novohispanos, de 1600 a 1803; el cuarto cubre el proceso de Independencia desde la llegada de Iturrigaray hasta la muerte de Iturbide, de 1804 a 1823; el quinto se ocupa de la formación de la República y va de 1824 a 1861; finalmente el sexto trata la historia contemporánea, de 1861 a 1887.²⁹ Como apuntamos, Bancroft ya había estudiado el México prehispánico en *Native Races*, por lo que su historia moderna empieza a partir de los viajes de los conquistadores españoles. En el primer volumen de la *History of Mexico* hace constante referencia a los distintos tomos de *Native Races*, por lo que es evidente que considera que una historia es la continuación de la otra.

Más arriba nos referimos a las razones que hicieron que Bancroft se interesase en México. Respecto a su interés en escribir nuestra historia, es evidente que el motivo principal fue que México se encontraba en el ámbito geográfico en el que había concentrado su atención. En segundo lugar podríamos apuntar que Hubert siempre estuvo muy orgulloso de la cantidad de documentos que había logrado reunir sobre nuestro país y así dejó asentado que “la sección de mi biblioteca más abundante y completa es la relativa a México, hecho que me causa gran satisfacción”.³⁰ El tercer motivo fue que el historiador norteamericano consideraba que no había ninguna síntesis de la historia de nuestro país “bien balanceada” y “a escala nacional”. Según él, de todos los periodos de nuestra historia, sólo el de la Conquista había sido bien estudiado por varios autores, especialmente por William Prescott. En cuanto a los siglos posteriores no existía ninguna síntesis en inglés, ni tampoco en español que, traducida a aquella lengua, pudiese ser enteramente satis-

²⁸ Como experto hombre de negocios que era Bancroft numeró cada pequeña serie en forma separada para así poder venderlas separadamente.

²⁹ Estos volúmenes del I al VI de la *History of Mexico* corresponden a los números IX al XIV en el conjunto de la obra.

³⁰ H. H. Bancroft, *The works of...*, v. IX, p. IX.

factoria para los lectores anglosajones. Por ello insistió en que de los pocos autores españoles o mexicanos cuyas investigaciones habían versado sobre todo el tema o parte del mismo ninguno había podido librarse totalmente de los prejuicios de raza, de los sentimientos religiosos, del impulso patriota, del partidismo político; ninguno había manejado adecuadamente las fuentes; ninguno había hecho una división simétrica de los periodos o había apreciado la importancia de ciertos temas tal como aparecían a todos aquellos que no eran de habla hispana.³¹ Él se sintió capaz de llenar todos estos huecos y, así, ofreció presentar un estudio “simétricamente proporcionado”.

Bancroft manejaba por lo tanto la idea de escribir una historia global de México, en la que se incluyeran los cinco periodos en que estaba dividida, a saber, la época prehispánica, la Conquista, la Colonia, la guerra de Independencia y el México contemporáneo. Es evidente que esta idea, que se vería plenamente realizada en el *México a través de los siglos*, no fue invención suya. En efecto, de entre los trabajos varias veces citados por el historiador norteamericano encontramos el de Manuel Larrainzar titulado *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, en el que el estudioso mexicano insistió en la importancia de que se escribiese una historia general de México, utilizando para ello la cantidad de materiales dispersos que existían en nuestro país. Larrainzar decía que consideraba esta tarea larga y difícil, y que tal vez excedería las fuerzas de un solo individuo. Insistía además en la idea de que no debía ser nada más una historia de los sucesos ocurridos en la capital, sino de toda la nación.³² En ningún momento Bancroft relacionó su *History of Mexico* con este escrito, ya que aquella quedaba incluida dentro de su monumental proyecto de la historia de los estados del Pacífico. Sin embargo, a nuestro parecer, bien pudo haberlo influenciado en cuanto al enfoque que le dio, por un lado en lo que se refiere a utilizar la enorme cantidad de material desconocido y por otro en la insistencia de Larrainzar de que se escribiese una historia a nivel nacional. Hubert se sirvió del estudio bibliográfico de las fuentes para la historia de México que hizo don Manuel; por lo tanto, ¿por qué no suponer que también aprovechó sus lineamientos? Cabe señalar que, en sus artículos, el historiador chiapaneco por una parte nos brindó una excelente lección de filosofía de la historia y por otro expuso claramente sus ideas sobre lo que debía ser un tratado de historia y en qué debía consistir la tarea del historiador, aspectos en los que el norteamericano

³¹ *Ibidem*, p. IX, p. v.

³² Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México”, en J. A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, México, UNAM, IIH, 1970, p. 161.

no lo siguió ya que no tuvo ninguna intención de dar un vuelo conceptual a su obra.

Si bien Bancroft siempre se autodenominó historiador, cabe señalar que al hablar de su propia tarea historiográfica se consideró más como un compilador que como un historiógrafo. Para él, la elaboración de una obra histórica implicaba un trabajo de doble naturaleza cuya línea divisoria, decía, era muy clara. Primero se debía reunir y clasificar las fuentes y luego formular y expresar juicios sobre dichas fuentes. En su sistema, explicaba, el segundo paso no se aplicaba, por lo que su tarea consistía solamente en la acumulación y arreglo de todas las fuentes relativas a los temas que estaba estudiando.³³ Su propósito no era pues interpretar sino verificar los hechos a través de la comparación de fuentes, y presentarlos tal y como fueron, por orden cronológico. Por ello señaló que su labor era más bien la de un artesano que la de un artista,

pues estaba forjando las armas para que las manejaran manos más hábiles, estaba produciendo la materia prima para que los técnicos especializados la tejiesen y pintasen a su antojo. El arreglar los hechos según el orden natural y presentarlos de tal manera que aportasen un beneficio práctico para los investigadores de las distintas ramas del saber, era un trabajo de no poca importancia y responsabilidad.³⁴

Cabe insistir en que nuestro empresario-historiador nunca se reconoció como un teórico sino como un práctico cuya labor fue escribir un relato histórico con base en toda la información que había recopilado. Para él, las fuentes o testimonios (*evidence* en inglés) hablan por sí solos, por lo que “todo historiógrafo amante de la verdad debe sentirse completamente libre para ser llevado allí donde los hechos lo lleven, en el momento que toma partido su trabajo pierde todo valor”.³⁵ Ser veraz y objetivo fueron sus dos objetivos; por ello repitió con insistencia que

la verdad directa en toda su sencillez era mi meta, siempre busqué librarme de especulaciones que pudiesen desviar mi mente y siempre traté de sustraerme a la adoración de los héroes en todas sus variantes.³⁶

Su postura era por lo tanto la del erudito cuyo propósito era “dejar hablar a los documentos”, sin que influyese su propia manera de pensar o de ver las cosas. Como persona interesada en el quehacer historiográ-

³³ H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. xxxix, p. 593.

³⁴ *Ibidem*, v. I, p. vii.

³⁵ *Ibidem*, v. xxxix, p. 634.

³⁶ *Ibidem*, v. xxxix, p. 592.

fico es probable que Bancroft conociese a la escuela científico- histórica alemana. Quizás había leído alguna de las obras de Leopold von Ranke, cuyo método siguió a pie juntillas al dar tanta importancia a la recolección y clasificación de las fuentes,³⁷ haciendo suya la afirmación del erudito germano respecto a que “basta reunir una cantidad suficiente de hechos bien documentados para que surja por sí misma la ciencia de la historia”.³⁸ Sin embargo es evidente que, a pesar de sus promesas de objetividad, Hubert no pudo librarse de hacer especulaciones o de sustraerse a la adoración de los héroes —como por lo demás tampoco lo pudo la escuela de Ranke. A menudo emitió juicios negativos o positivos y no dejó de expresar su gran admiración por las que él consideró como las grandes figuras de la historia de México, a saber, Hernán Cortés y Porfirio Díaz.

El logro más importante del historiador norteamericano fue inventar un método para escribir historia. Como hombre práctico que era, e inserto en el mundo de los negocios, se las ingenió para organizar “una fábrica de hacer historia”. Recordemos que no fue el saber por el saber lo que lo llevó al campo de la historiografía sino el sacar provecho de su enorme biblioteca. Fue así que, influenciado por la mentalidad de la época y por el éxito que estaba teniendo en su país la producción en serie, pensó que dicho sistema era el mejor para la elaboración de su historia. “Mi sistema consiste en la aplicación de los métodos para los negocios y la división del trabajo necesaria para llegar a la meta propuesta”,³⁹ diría orgullosamente, añadiendo que con este sistema había podido realizar en un año lo que, de seguir el método ordinario, se hubiese llevado diez.

El primer paso de su método fue el hacer un índice que permitiese manejar el enorme material con que contaba. “La clasificación final consistió en una solución pragmática a un problema complicado”, nos dice Howard Cline. Bancroft y su equipo seleccionaron cerca de cincuenta temas que comprendían el contenido de toda su biblioteca. Éstos fueron a su vez subdivididos y sistematizados, asignándosele a cada uno unas abreviaturas.⁴⁰ Con base en el índice se hicieron tarjetas en que se respondía a preguntas tales como: ¿de qué asunto se trata?, ¿dónde y cuándo sucedió?, precisando además el título de la obra, el autor, la fecha de su publicación, el número del volumen consultado y la página. Estas tarjetas se ordenaron por temas según el área geográfica que

³⁷ *Ibidem*, v. XXXIX, p. 593.

³⁸ Adam Schaff, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974, p. 119.

³⁹ H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. XXXIX, p. 180.

⁴⁰ Howard Cline, *op. cit.*, p. 326-347.

abarcaba y por orden cronológico.⁴¹ Para este primer trabajo Hubert necesitó de dos tipos de ayudantes, los que hacían el índice y los que le hacían las tarjetas. Después vinieron aquellos que condensaban las fuentes, quienes en el proceso de condensación añadían, a manera de notas al lado de los párrafos analizados, sus observaciones sobre el mérito del autor, su ideología, época en que vivió, la importancia y grado de veracidad de la obra, así como sus propias reflexiones sobre el carácter del acontecimiento o del héroe en cuestión.

A Bancroft se le pasaban, en forma sinóptica, todas las fuentes, y él se ahorra, nos dice, la faena y la pérdida de tiempo que representaba estudiarlas a fondo, y podía así dedicarse sólo a los libros o documentos más importantes. Con todo este material, y por medio del método comparativo, los asistentes más experimentados y capaces hacían el estudio y compendio de algunas secciones de la historia, los que finalmente Bancroft empleaba al redactar, “después de algunos cambios y cierta condensación”, a su propio decir.⁴² Hubert aparecía como el responsable de toda la redacción final; sin embargo, tal parece que fueron sus ayudantes más cercanos los que hicieron la mayor parte del discurso.⁴³ Ninguno de ellos era historiador y sólo trabajaban con Bancroft por su habilidad en el manejo de las lenguas, el conocimiento del ambiente hispano-mexicano y su gran capacidad de trabajo sistematizado. Todos estos colaboradores eran para Bancroft empleados que debían trabajar todos los días de la semana, excepto los domingos, de las 7:15 de la mañana a las 6:00 de la tarde, con media hora para la comida. “Mes tras mes trabajaban más o menos diligentemente, como parte de la gran empresa y cobrando puntualmente cada sábado”.⁴⁴ Bancroft dejó escrito que nunca llegó a conocer ni los nombres de más de la mitad de sus empleados, confesión en la que vemos claramente expresada la frialdad del hombre de negocios.

Lo que es de admirar es que este trabajo de equipo diese buenos resultados. Si bien se acusó a Bancroft de haber explotado a sus colaboradores y de no haberles dado el crédito que merecían, es evidente que gran parte del mérito fue suyo. Es notable que, a pesar de la cantidad de gente que participó en el proyecto, el producto final resultase tan

⁴¹ J. W. Caughey, *op. cit.*, p. 95.

⁴² H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. xxxix, p. 598.

⁴³ Caughey, en su libro sobre Bancroft, estudia la participación real de Bancroft y la de sus ayudantes en toda su obra referente a los estados del Pacífico. En cuanto a la *History of Mexico* nos dice que Hubert sólo escribió una cuarta parte del primer volumen y una octava del cuarto. Los que básicamente escribieron la obra fueron un tal Nemos (nombre de batalla), el señor Peatfield y el señor Savage. J. W. Caughey, *op. cit.*, p. 120-125.

⁴⁴ H. H. Bancroft, *The Works of...*, v. xxxix, p. 274.

homogéneo. En efecto, la supervisión del trabajo logró que en líneas generales no hubiese ni grandes diferencias de estilo ni discrepancias de interpretación y la obra da la impresión de un conjunto bien estructurado.

Aquello que, a nuestro parecer, hace que la *History of Mexico* sea una obra importante para la historiografía mexicana es la cantidad de fuentes utilizadas por Bancroft y la revisión exhaustiva a que fue sometida cada una de ellas. Recordemos que nuestro historiador reunió, a lo largo de treinta años, una gran cantidad de material, que él calificó de “raro y valioso”. Estas fuentes provenían en gran parte de las excelentes bibliotecas de José Fernando Ramírez, de José María Andrade y del padre Fisher, que tuvo la suerte de haber podido comprar en subastas europeas.

Si bien a Bancroft tal material le hizo afirmar que con él había podido escribir una historia mucho más verídica que toda la escrita hasta ese momento, a nosotros lo que nos interesa no es tal “veracidad histórica” sino el recuento que hizo de todo el tipo de fuentes que tuvo en sus manos. Para fortuna nuestra, todo el trabajo hecho en la fábrica de hacer historia de nuestro empresario-historiador fue añadido o bien como nota de pie de página o al final de cada capítulo. Así, en su afán de llegar a la verdad última, Hubert dejó asentado, para cada hecho, cuáles eran las diversas versiones que le ofrecían las fuentes y nunca omitió la referencia bibliográfica que acreditaba el origen de su información. Consignó así los tomos, volúmenes y páginas de todas las obras que utilizó. No escatimó comentarios respecto a ninguna de las fuentes y según la importancia que, a su parecer, tenía cada una de ellas le dedicó mayor o menor atención. Apuntó minuciosamente el nombre del autor con el título de la obra, la primera edición de ésta y las subsecuentes, los títulos de sus demás obras, la razón que lo llevó a escribir, en qué fuentes se basó, cuál era su estilo, cuál el mérito de la obra —si era valiosa o no como fuente—, y finalmente sus datos biográficos. Tal cantidad de información hace que la mayoría de las veces el aparato crítico de la *History of Mexico*, a pesar de estar escrita en letras mucho menores que el propio texto, ocupe mucho mayor espacio que el relato historiográfico.

Por lo que llevamos dicho es claro que es prácticamente imposible hacer una relación completa de las fuentes utilizadas por Bancroft. Sólo queremos apuntar que las que más empleó fueron las primarias: grandes colecciones de documentos —algunas ya publicadas, otras no—, crónicas testimoniales y una serie de fuentes cuyo uso es común en nuestros días pero que no lo era en su tiempo. Nos referimos a las cartas y libros de viajeros que, como bien sostuvo Hubert, aportan datos

interesantes sobre la vida política, las instituciones, las costumbres desde un punto de vista distinto al de los documentos oficiales o de los relatos de los cronistas o de los historiadores. Nuestro historiador también consignó como fuente de gran valor los diarios personales que, a su decir, le permitieron adentrarse en la vida cotidiana y en la mentalidad de la gente de una época dada. Señaló asimismo la gran importancia de la correspondencia de las autoridades, que le permitió enterarse de datos no proporcionados por otro tipo de documentos. En este sentido encontró de gran utilidad el estudio de las ordenanzas reales, de las cédulas reales, las instrucciones a los virreyes, etc. También dio gran importancia a la hemerografía y ésta fue su fuente principal para elaborar el sexto y último tomo de su *History of Mexico*. Finalmente, insistió en la importancia de la historia oral, misma que le pareció fundamental.⁴⁵ En cuanto a las fuentes secundarias, su análisis también fue muy riguroso. El criterio acerca de la validez de este tipo de fuente fue, ante todo, qué tantos documentos o fuentes primarias había utilizado el autor, si había sido testimonio de algún acontecimiento, si era honesto al consignar sus fuentes, si era plaguario —acusación gravísima para Bancroft, para quien era un delito el serlo. Finalmente consideraba de gran importancia el que el historiador tuviese un “acercamiento crítico y filosófico” al abordar un tema, regla que, como hemos visto, no utilizó para sí mismo.

Cabe señalar que, hasta donde hemos podido averiguar, la acogida que tuvo la *History of Mexico* en nuestro país fue poco relevante. Sabemos, por la correspondencia que intercambiaron el historiador norteamericano y Porfirio Díaz, que el gobierno mexicano compró 100 juegos de la obra de Bancroft y que había asegurado que “se le tomarían 500 juegos más”,⁴⁶ dentro del compromiso financiero que don Porfirio adquirió con el historiador norteamericano para que hiciese propaganda de su gobierno. Aunque ignoramos si se cumplió con esta promesa, sabemos que en 1889 la Secretaría de Fomento distribuía gratis los 39 volúmenes entre las instituciones educativas mexicanas.⁴⁷ Que nosotros sepamos, sólo fue José María Iglesias, cuya autobiografía fue producto de una serie de conversaciones que tuvo a su vez con Bancroft en 1883,

⁴⁵ *Ibidem*, v. xxxix, p. 635.

⁴⁶ Carta de H. H. Bancroft a Porfirio Díaz, diciembre 19 de 1885; *apud* A. Parraud Robles, *op. cit.*, p. Lxix.

⁴⁷ En efecto, el 12 de marzo de 1889 la Mesa Directiva del Colegio de las Vizcaínas nombró al administrador de éste, Enrique Olavarría y Ferrari, para que recogiese en la Secretaría de Fomento dos ejemplares de cada uno de los volúmenes de las obras completas de Bancroft. Julia Morner, *Memorias de una colegiala*, México, Colegio de las Vizcaínas, 1945, p. 150. Cabe señalar que la biblioteca de este colegio tiene aún una colección entera de la obra.

quien en su manuscrito *El estudio de la historia* dedicó todo un capítulo, por lo demás muy elogioso, al método inventado por el historiador norteamericano.⁴⁸

Daniel Cosío Villegas escribía, en 1970, que era de lamentarse que ningún historiador mexicano hubiese hecho un estudio de los trabajos de Bancroft relativos a México.⁴⁹ Apuntaba que desgraciadamente el más conocido —y utilizado— era la biografía de Porfirio Díaz que, a pesar de estar basada en el dictado que hizo el propio don Porfirio sobre su vida, no era más que un escrito propagandístico y adulador. Hoy en día, la *History of Mexico* sigue sin haber sido traducida al español, lo que no sólo ha limitado su uso desde el punto de vista historiográfico sino como fuente indispensable de consulta.

A manera de conclusión quisiéramos insistir en que la *History of Mexico*, que a primera vista no es más que la aplicación a la producción historiográfica de los principios de un hombre de negocios de finales del siglo XIX, tiene, enfocados desde el punto de vista del análisis historiográfico, varios aspectos dignos de consideración. En primer término, es evidente que el historiador norteamericano llegó a acumular una cantidad sin precedente de material histórico que, aún hoy en día, constituye una cantera inagotable para todo aquel interesado en la historia de México.

En segundo lugar hay que reconocer que Bancroft fue el primero en tomar en cuenta, como fuentes para la historiografía, una cantidad de material que hasta ese momento no se consideraba como digno de consulta, a saber, relatos de viajeros, diarios personales, cartas, periódicos, que no dejaban de ser testimonios circunstanciales que ayudan a comprender y a corroborar las fuentes más tradicionales. También, en este sentido, otra aportación valiosa de nuestro empresario-historiador fue el considerar la importancia de la historia oral como gran fuente de información historiográfica, la cual, hoy en día, es una de las ramas más apreciadas en la investigación.

En tercer lugar, es evidente que Bancroft señaló un camino al aplicar el trabajo de equipo sistematizado en el campo de la historiografía, el cual había de encontrar varios seguidores en el futuro. Cabe mencionar que, en México, el proyecto de la *Historia de la Revolución Mexicana* de Daniel Cosío Villegas, que algunos llegaron a denominar como “la fábrica de hacer historia”, siguió en cierta manera el modelo del historiador norteamericano.

⁴⁸ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, “El Porfiriato. La vida política interior”, parte primera, México, Hermes, 1971, p. 232.

⁴⁹ José María Iglesias, *El estudio de la historia*, obra inédita de 400 páginas que se encuentra en el archivo de Fernando Iglesias Calderón en el Archivo General de la Nación.



En cuarto y último término cabe tener en cuenta que la *History of Mexico* de Bancroft, junto con la *Historia de Méjico* de Niceto de Zamacois, fue un intento de presentar una visión global de nuestra historia, que se adelantó por unos pocos años a la gran síntesis historiográfica del liberalismo mexicano que fue el *México a través de los siglos*.